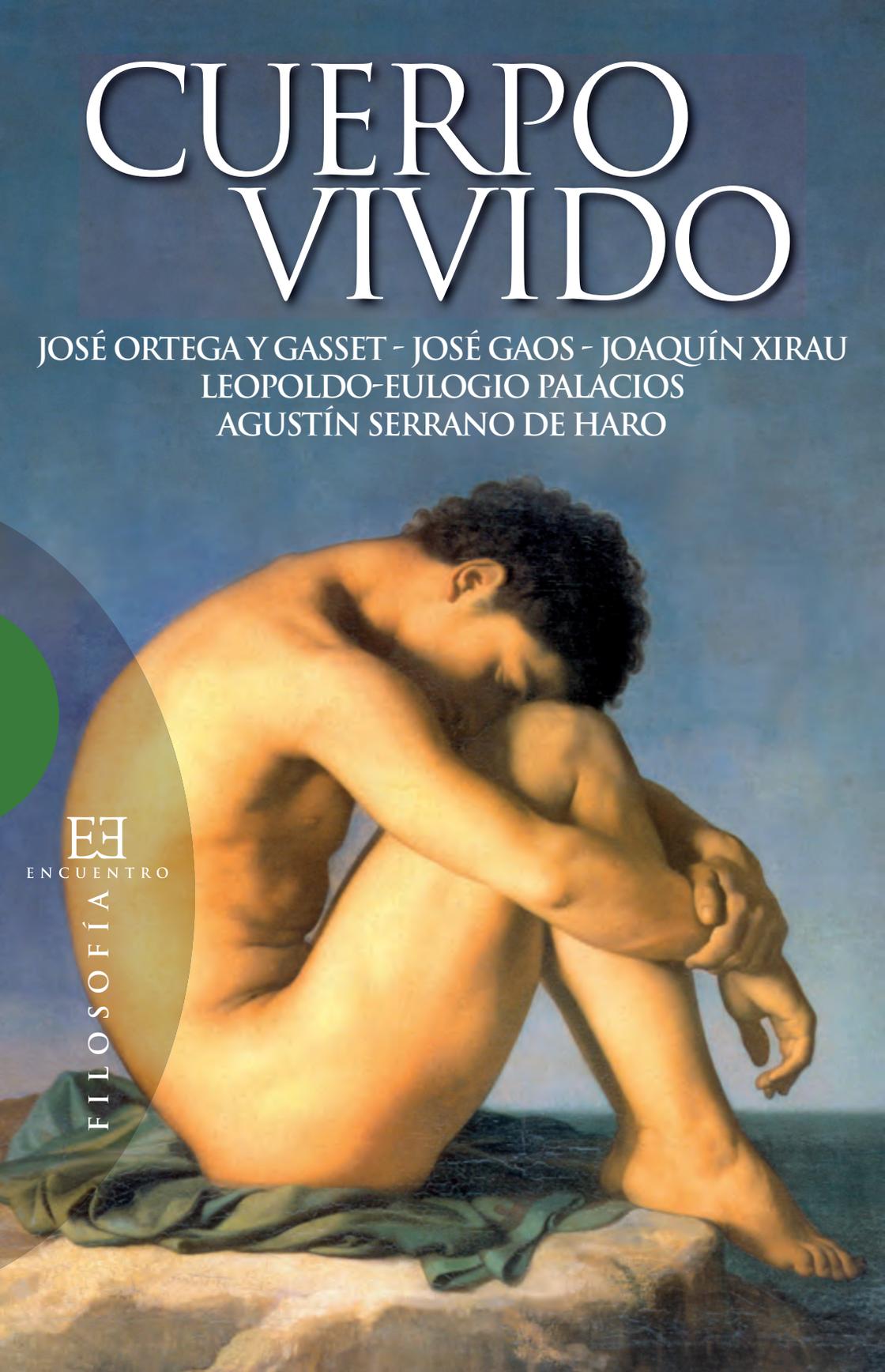


CUERPO VIVIDO

JOSÉ ORTEGA Y GASSET - JOSÉ GAOS - JOAQUÍN XIRAU
LEOPOLDO-EULOGIO PALACIOS
AGUSTÍN SERRANO DE HARO



EE

ENCUENTRO

FILOSOFÍA

Ensayos

423

Filosofía

Serie dirigida por

Agustín Serrano de Haro

Esta obra se encuadra en los trabajos del Proyecto de Investigación «La Escuela de Madrid y la búsqueda de una filosofía primera a la altura de los tiempos» (FFI 2009-11707).

JOSÉ ORTEGA Y GASSET
JOSÉ GAOS
JOAQUÍN XIRAU
LEOPOLDO-EULOGIO PALACIOS
AGUSTÍN SERRANO DE HARO

Cuerpo vivido

Presentación de Agustín Serrano de Haro



© 2010
Herederos de los autores, Agustín Serrano de Haro
y
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Traducción de *Presencia del cuerpo*
Marta Jorba Grau

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.ª - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

Presentación de Agustín Serrano de Haro	7
Procedencia de los textos	13
JOSÉ ORTEGA Y GASSET	
<i>Vitalidad, alma, espíritu</i>	15
JOSÉ GAOS	
<i>La caricia</i>	53
JOAQUÍN XIRAU	
<i>Presencia del cuerpo</i>	87
LEOPOLDO-EULOGIO PALACIOS	
<i>El rostro y su anulación</i>	99
AGUSTÍN SERRANO DE HARO	
<i>Atención y dolor. Análisis fenomenológico</i>	123

PRESENTACIÓN
AGUSTÍN SERRANO DE HARO
(Instituto de Filosofía, CSIC)

Los ensayos filosóficos reunidos en este volumen comparten una serie de características que enseguida saltan a la vista. Todos ellos proceden de pensadores españoles o nacidos españoles, todos versan sobre el cuerpo humano y, salvo el último de ellos, se trata de escritos compuestos a lo largo del siglo XX, y en esta misma medida surgidos o en el ámbito directo o en la estela de la gran renovación filosófica auspiciada por Ortega. Pero la unidad del todo es todavía mayor de lo que estas notas comunes determinan.

De hecho, la razón de que las conferencias de Ortega de 1925 «Vitalidad, alma, espíritu» presidan estas contribuciones españolas al análisis filosófico del cuerpo no es sólo un reconocimiento genérico de gratitud tutelar hacia el pensador madrileño —lo cual, a estas alturas de la historia, parecería ya una obviedad prescindible—. El notable ensayo orteguiano posee más bien un claro valor programático en relación con una tarea intelectual que entonces era pionera y que hoy conserva indudable relevancia y apasionante interés. Pues estas páginas de «topografía de nuestra intimidad» destacaban con toda lucidez cómo el cuerpo humano es «el único objeto del universo» al que tenemos acceso por dos vías heterogéneas, en parte contrapuestas, en parte entrecruzadas: «Lo conocemos, en efecto, por fuera, como el árbol, el cisne y la estrella; pero,

además, cada cual percibe su cuerpo desde dentro, tiene de él un aspecto o vista interior». El análisis «dual» esbozado por Ortega de un fenómeno tan común como es el andar —el ver que alguien se mueve en el espacio; el moverme yo a mí mismo sin verme— puede muy bien considerarse por ello como el primer acercamiento conscientemente fenomenológico en nuestra lengua a la problemática del cuerpo vivido. Y los otros cuatro escritos del volumen no encaban nada mal como aportaciones originales al análisis de mi «intra-cuerpo»: del cuerpo tal como yo lo vivo y conozco desde dentro, tal como en primera persona lo gozo, sufro, siento, y que es a la vez, para mí y para los otros, un cuerpo humano. La peculiar propuesta terminológica de Ortega, «el intracuerpo», no tuvo demasiado éxito; todo lo contrario que el asunto mismo que ella quería designar.

Ahora bien, aunque el análisis fenomenológico del cuerpo haya resultado de importancia capital para la filosofía del siglo pasado y tenga visos de seguir siéndolo en el siglo presente, los ensayos aquí reunidos responden asimismo a una fuerte vocación descriptiva que les confiere un interés especial para cualquier lector. Cada uno de ellos se detiene sobre un aspecto preciso de nuestra corporalidad, reparando cognoscitivamente en «algo» de o en el cuerpo que nos es familiar a todos casi desde siempre. Realidades cotidianas en las que vivimos, como la posibilidad de andar o de acariciar, con las que convivimos, como el rostro individualizador o el dolor que dispara la atención, son objeto de un examen minucioso, y por ello inusual, en el que acaso sorprenda la abundancia de matices que los pensadores son capaces de encontrar en fenómenos tan repetidos y de apariencia tan elemental. Claro que esta oscilación entre lo consabido de todos y lo descubierto y redescubierto por la reflexión ha formado parte siempre de las peculiaridades de la mirada filosófica.

Justamente en este espíritu, el texto que sigue al de Ortega, el estudio de José Gaos a propósito del acto de acariciar y del

fenómeno de la caricia merece, a mi entender, sin exageración, el calificativo de memorable. Por la finura del examen, que verdaderamente corresponde a la de su objeto, por la progresión continua del análisis, que partiendo de los rasgos más inmediatos del fenómeno alcanza el terreno de la antropología filosófica, se trata de una auténtica joya de la descripción fenomenológica, y lo único inexplicable es quizá que no sea tan conocido y celebrado como debiera. En 1945, años antes de que Merleau-Ponty introdujera la categoría de carne en el centro de su pensamiento, Gaos acertaba a tematizar cómo «la *caricia* está hecha para la *carne*» y la carne para una caricia que, al tocar, acoge y que revela así la presencia del espíritu. El discípulo trasterrado de Ortega apunta incluso la posibilidad de una «*tercera y nueva filosofía*» que, en fidelidad a dato tan cotidiano y significativo, se aparte por igual del naturalismo y del espiritualismo. Nuestra edición de este pequeño clásico ha conservado, por supuesto, la curiosa variedad tipográfica a que se aficionó su autor, el incansable traductor de filosofía alemana, y sólo ha suprimido la separación capitular entre las dos conferencias originales de las que el texto procede.

Del año siguiente, 1946, data el iluminador ensayo de Joaquín Xirau «Presència del cos», aparecido también en el México del exilio. El pensador catalán ofrece en él una atractiva profundización en la diferencia entre el cuerpo físico «de los atlas anatómicos» y el cuerpo que es mi «más íntima, personal e intransferible propiedad»: *Körper* y *Leib* de tantos textos husserlianos, cuerpo e intracuerpo. Con abundancia de ejemplos y referencias se exploran asimismo las dimensiones cardinales que caracterizan al segundo: resistencia —«el prototipo de toda resistencia»—; instrumento —«el único órgano del alma»—; presencia —«el cuerpo entero es la expresión mía»—. Dado que el bello escrito de Xirau únicamente llegó a ver la luz de forma póstuma —pues el gran intelectual falleció trágicamente esa misma primavera del 46, atropellado frente a la

Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México-, cabe conjeturar que esta precisa cuestión y estas breves páginas habrían tenido seguramente magnífica continuidad en los años siguientes. «Presencia del cuerpo» se traduce aquí por vez primera al castellano, en elegante versión de Marta Jorba Grau.

Los tres primeros autores están asimismo ligados, como es patente, por estrechos vínculos biográficos, intelectuales e históricos. En la madurez de sus vidas Gaos y Xirau se habían de hecho reencontrado en las aulas acogedoras de la UNAM, ya que en su primera juventud y en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid ambos alumnos de Ortega debieron ya, por lo visto, de coincidir brevemente; al caserón de la calle de San Bernardo había llegado Xirau desde Barcelona hacia 1918 con la intención de doctorarse en Filosofía, cosa que hizo en 1921, y por allí apareció también Gaos a lo largo del curso 1920-21 desde Valencia, con la intención de completar, con o sin permiso paterno, su licenciatura en filosofía. Pero la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid permite también extender el vínculo histórico hasta el cuarto pensador sobre el cuerpo que toma la palabra en el libro. Pues Leopoldo-Eulogio Palacios perteneció, en efecto, a la única promoción universitaria que cursó íntegra la licenciatura en filosofía según el famoso «plan Morente». Al completar sus estudios en los cinco precisos años lectivos de la República, fue alumno ya no sólo de Ortega sino también, a partir de 1933, del propio Gaos, cuyos legendarios cursos de explicación de las *Investigaciones lógicas* de Husserl, epígrafe por epígrafe, determinaron su dedicación intelectual a la lógica. Palacios dejó clara constancia escrita de esta circunstancia¹, mientras que por el epistolario de Gaos hemos podido saber que también el

¹ Cf. *El juicio y el ingenio y otros ensayos*, Madrid, Prensa Española, 1967, pp. 150, 185-186.

pensador trasterrado recordaba con aprecio, al cabo de las décadas, a su antiguo alumno².

La aguda mirada de Palacios sobre el rostro humano empieza por destacar su condición de «exclusiva del hombre» —como diría más bien Gaos—, a diferencia de la cara que sí compartimos con otros vivientes animales. Con paso decidido se adentra Palacios en los enigmas de cómo la individuación única del rostro, del semblante, hace posible la vida en sociedad y la vida de la razón, a la vez que ella misma nunca se nos hace accesible a un conocimiento intuitivo; el rostro individualizador no se ofrece a la experiencia perceptiva de su dueño, sino a la de sus prójimos, quienes al verlo dejan también a la vista lo que de sí mismos nunca verán: «El rostro, máxima insignia de nuestra identidad, es un documento público que pertenece a todos, menos al que lo lleva». Con redoblada penetración explora entonces la segunda parte del escrito las distintas formas en que los seres humanos han podido desactivar esta exhibición *ad extra* de su verdad personal. El antifaz, la máscara, la efigie, por no mencionar el «descaro», operan una anulación meramente temporal o virtual del rostro. Pero sólo un último y muy especial modo, a saber, el «punto de vista transcendental», que es capaz de reconocer como ilusoria la individuación encarnada, puede alcanzar la anulación íntima del anhelo hecho carne, del yo hecho rostro; anulación plena y pacífica, que no destrucción. Quizá ningún otro escrito de Leopoldo-Eulogio Palacios muestre con tanta hondura y belleza el universo especulativo en que su autor se debatió en la madurez de sus días, su singular empeño por pensar la fe cristiana a la luz de la filosofía de Kant con ayuda de la metafísica de Schopenhauer; mas aquí todo empieza y todo se dilucida en torno al rostro.

² «Palacios, alumno de algún curso mío, fina persona», en: *Obras Completas XIX: Epistolario y Papeles privados*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 411 (Carta a Juan David García Bacca de 21 de agosto de 1957).

El quinto autor es el único que vive en el siglo en curso y por ello puede él representar, si es que algo, la posibilidad de nuevas descripciones filosóficas a propósito del cuerpo y en referencia a fenómenos familiares de la experiencia. Las relaciones entre la atención y el dolor, o, más precisamente, entre el factor atencional en la diversidad de sus modos y el dolor del cuerpo se persiguen en el ensayo no al servicio de una posible escala objetiva de los padecimientos —ese empeño de la práctica terapéutica de las últimas décadas—, sino al servicio de una fenomenología rigurosa del dolor físico. La diferenciación de formas específicas de sentir dolor en razón de su impacto atencional responde, pues, al esfuerzo por iluminar la estructura subjetiva de esa vivencia casi universal y sin la que casi no habría cuerpo, que es padecer dolor, dolerse. Mas por razones obvias no debo yo comentar este último texto.

Por sobre la dispersión de los cinco ensayos en el tiempo y hasta en el espacio histórico, y más allá de cierta diversidad en la precisa inspiración fenomenológica de cada uno de ellos, y aun en la inspiración teórica general, es el cuerpo que cada uno decimos nuestro y que intransferiblemente lo es, el centro de estos análisis y seguramente, en efecto, el motivo fundamental de interés para el lector. *Tua res agitur*, cabe decir aquí con propiedad incomparable.

Los cinco estudios se han dispuesto en orden cronológico de aparición, y a continuación de estas palabras consta la procedencia precisa de cada uno de ellos. Es para mí un deber muy grato hacer público mi cordial agradecimiento a Ángeles Gaos y a Ramón Xirau, a Antonio Ziri6n Quijano, a Jos6 Lasaga y a Francesc Pere6na, por su generosa colaboraci6n en diversos aspectos preparatorios de este *Cuerpo vivido*. Sin el aliento, el asesoramiento y la amistad de Juan Miguel Palacios este libro nunca habr6a traspasado las vagas fronteras de las posibilidades et6reas, muy lejos de los cuerpos que podr6n ahora pasar sus p6ginas.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

—El origen de «Vitalidad, alma, espíritu» se remonta a dos conferencias dictadas por Ortega en la Residencia de Señoritas los días 1 y 19 de mayo de 1925, revisadas y publicadas luego en *El Sol* en sucesivas entregas entre el 24 de mayo y el 12 de julio del mismo año. Más adelante, al incorporarse el texto a *El Espectador V* (1926), se le añadió el apartado «Para una caracterología», que había aparecido en *Revista de Occidente* en noviembre de 1926. Se ha seguido la edición de *OO. CC.* Tomo II (1916), Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, Madrid 2004, pp. 566-592.

—«La caricia» es el título de los capítulos segundo y tercero de la obra *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*, aparecida en México en 1945 en edición de la Universidad de Nuevo León (Monterrey). El libro procedía a su vez de las conferencias que el filósofo trasterrado había dictado en la misma Universidad de Nuevo León el año anterior.

—«Presencia del cuerpo» es la traducción al castellano del ensayo «Presència del cos», que salió póstumamente a la luz en México en *La Nostra Revista* 4 (abril 1946), México D.F., pp. 121-125. La traducción de Marta Jorba Grau se ha realizado sobre la edición de

Obras Completas III, vol. 2 —edición de Ramón Xirau—, Anthropos/Fundación Caja Madrid, Barcelona 2000, pp. 328-335.

—«El rostro y su anulación» vio la luz en la revista *Atlántida* III (1965), pp. 439-455. Una traducción francesa, debida al escritor belga Paul Werrie, apareció luego en la revista *La Table Ronde*, nº 218 (marzo de 1966), pp. 44-68. Esta misma traducción, retocada, se publicó más tarde en Alemania como parte de un libro colectivo en homenaje a Arthur Hübscher: *Schopenhauer-Jahrbuch* 53 (1972), pp. 316-331. La presente edición es su versión definitiva, que el autor, a su muerte, dejó preparada para la publicación.

—«Atención y dolor. Análisis fenomenológico» aparece por vez primera en este volumen.

VITALIDAD, ALMA, ESPÍRITU

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

I

Quisiera hacer una menuda rectificación a la amable nota en que *El Sol* resume mi última conferencia. Pero antes... ¿no es un error que el modo de tratar periodísticamente una conferencia consista en resumirla? Aun en el mejor caso, el que la dio y los que la oyeron encuentran de ella sólo los despojos de un ave. El resumen extirpa el ala y deja la molleja y la pata. Yo creo que el punto de vista periodístico ha de ser otro. El periódico es el arte del acontecimiento como tal. Su misión no es buscar la realidad latente, que un día quedará destilada de los sucesos. Esta destilación es faena que se hace siempre mañana, lejos del hecho inmediato; es anatomía, análisis, abstracción. El periódico, por el contrario, asiste al acontecimiento, y lo que más debe interesarle es, precisamente, su apariencia, lo que de él se habrá ya mañana volatilizado. Para el periodista, una conferencia no puede ser, como para el estudiante o el oyente, una serie de ideas. Es un pequeño drama que acontece. Es un salón con su fisonomía peculiar, es un público determinado. ¿Cómo se ha formado este público a diferencia de otros públicos? ¿Cuáles son sus facciones? ¿Qué sistema de fuerzas invisibles lo ha seleccionado de la total masa posible? El título de la disertación

desciende como una redada al fondo abisal de la sociedad, y captura en él su marino botín, recamado, hirviente, tal vez con algunas sirenas. Los presentes subrayan la ausencia de los ausentes, proporcionando así a éstos una virtual presencia. Cada conferencia, con perdón del conferenciante, es un animal, un organismo individual que tiene su biografía posible, de una vida que suele durar una hora. Lo que el orador dice es solamente uno de los órganos de aquel ente fugaz, tal vez sólo el esqueleto. Una conferencia no se debe resumir, sino que se debe contar, como el choque de dos automóviles o un partido de fútbol. Las toses, los estremecimientos colectivos, la tensión de la curiosidad en una curva peligrosa que hace el monólogo del orador, o los hastíos que, de pronto, orbayan sobre el público. Y una puerta que gruñe, y un escalofrío en las bombillas, tan dramático, que pasa como una amenaza de tiniebla. Y luego, aquel terrible abismo que inesperadamente se abrió ante el orador cuando se encuentra sin la palabra donde poner el pie y agita los brazos en mortal aspaviento, en ese gran abrazo a la atmósfera del periclitado, del que se hunde en el vacío, ademán simbólico de «adiós» a lo existente —por eso los chinos llaman al morir «saludar a la vida»—, o bien el párrafo magnífico, obeso, carnoso, blando, que se infla maravillosamente en el aire como un aerostato, y, de pronto, «¡ting!», «¡ting!», las seis, las siete lanzadas de una campana de reloj, que lo traspasan, que lo perforan y le hacen perder el gas. O bien la cuartilla de notas que se pierde y la sumersión consecuente de buzo que ha de ejecutar el orador en la pleamar de sus papeles, y, después de nadar hasta el fondo, sale de nuevo a la superficie con la perla arisca entre los dientes y goteando por las sienas...

Pero ahora yo quería sólo insinuar una leve rectificación. En la nota de *El Sol* se me hace afirmar que «la atracción de los sexos sirve de asiento o cimiento o plinto a la estatua espiritual». Yo no he dado